

Historia social e historia cultural (Sobre algunas publicaciones recientes)

Manuel PÉREZ LEDESMA
Universidad Autónoma de Madrid
manuel.perez@uam.es

RESUMEN

El objetivo del trabajo es presentar una visión general y un comentario crítico de las actitudes teóricas sobre la historia social aparecidas en España en los últimos años. El texto se refiere en primer lugar a la defensa de la concepción clásica de la disciplina frente a las amenazas procedentes de la historia cultural, recogida en un número extraordinario de la revista más destacada en esta parcela historiográfica, *Historia Social*. En segundo lugar, se analizan las nuevas concepciones de la llamada “historia postsocial”, aparecidas también en fechas recientes, y que se oponen radicalmente a esa visión tradicional. Todo ello se hace desde una óptica en la que historia social e historia cultural están estrechamente ligadas.

Palabras clave: Historia social, historia cultural, historia postsocial, formación de la clase obrera, historia del movimiento obrero.

Social History and Cultural History (Regarding some recent publications)

ABSTRACT

The main objective of this paper is to examine and criticize the theoretical attitudes on social history visible in Spain during recent years. The first theme is related to the defence of the classical view of social history, against the threat of cultural history, presented in a special issue of the leading journal in the field, *Historia Social*. The second topic is about the new theory of the so-called “Postsocial history”, radically opposed to the traditional opinion. The criticism is based on an attitude in which social history and cultural history are intimately bound.

Key words: Social history, cultural history, Postsocial history, working-class formation, labour movement history.

?(...) la historia tiene indudablemente sus propios goces estéticos, que no se parecen a los de ninguna otra disciplina. Y es que el espectáculo de las actividades humanas, que constituye su objeto particular, más que ningún otro está hecho para seducir la imaginación de los hombres (...) Cuidémonos de no quitarle a nuestra ciencia su parte de poesía. Sobre todo, cuidémonos, como he descubierto en el sentimiento de algunos, de sonrojarnos por su causa”.

(Marc BLOCH: *Apología para la historia, o el oficio de historiador*)

“(…) para desgracia de los historiadores, los hombres no suelen cambiar de léxico cada vez que cambian de costumbres”.

(Marc BLOCH: *Apología para la historia, o el oficio de historiador*)

“(…) no quisiéramos omitir la importancia que tienen para la historia social los estudios de lenguaje y lexicología aplicados a una coyuntura, a un movimiento o de tipo comparatista. De ellos esperamos una considerable ayuda”

(Manuel TUÑÓN DE LARA: *Metodología de la historia social de España*)

Sólo el deseo de participar en este volumen de homenaje a Manuel Tuñón de Lara, organizado por los colegas del Departamento de Historia Contemporánea de la Universidad Complutense, puede justificar la osadía con la que se plantea este artículo. Osadía de quienes me lo encomendaron y me asignaron como tema el análisis de las nuevas perspectivas en historia social; y osadía también por mi parte al aceptar dicho encargo. Lo que es aún peor, al menos en mi caso habría que hablar de una doble osadía: por un lado, la derivada del contenido polémico de este texto, que supone un atrevimiento inhabitual en nuestro gremio (donde no se discute o, en caso de hacerlo, las discusiones acaban en ataques personales); y por otro, la que surge del hecho de que quien lo escribe se ha dedicado en los últimos años a otras áreas de la historiografía, y por ello no ha seguido con todo el detenimiento que sería deseable la evolución en el campo de la historia social.

A esas precisiones iniciales debe añadirse otra sobre el tema asignado a mi trabajo. Como se ha puesto muy claramente de manifiesto en los últimos años, hablar de novedades, o de nuevas perspectivas, resulta cada vez más problemático. En el desarrollo de la historiografía, las novedades son siempre, pero cada vez más, relativas y efímeras. Relativas, en la medida en que lo nuevo para unos no lo es para otros, como veremos a lo largo de este texto; y sobre todo efímeras, poco duraderas y cambiantes, de manera que lo nuevo de un día se convierte en lo antiguo del siguiente. ¿Quién se acuerda ahora de lo que en los años setenta apareció con bombo y platillo como “la nouvelle histoire”?; o, para hablar de un momento más reciente, ¿quién recuerda lo que a comienzos de los noventa definió Natalie Zemon Davies como “nueva historia social”, en un artículo dedicado a enfrentarla con la “historia social clásica”?¹

Se podría decir que sólo quienes mantienen una actitud militante en contra de las novedades son los que las recuerdan con claridad. De ello tendremos alguna prueba más adelante. Para el resto de los practicantes de este oficio, lo que puede considerarse *nuevo* es su actitud ante la propia disciplina; una actitud que ha pasado de las certezas a las dudas, y del respeto a la tradición a la preocupación cada vez más

¹ Natalie Zemon Davies: “Las formas de la historia social”, *Historia Social*, nº 10, primavera-verano 1991, pp. 177-182 (publicado inicialmente en *Storia della Storiografia*, nº 17, 1990).

generalizada por descubrir y discutir las últimas innovaciones. No hace mucho tiempo, la postura mayoritaria respondía a la recomendación de los fundadores de *Annales*: no es “por medio de artículos metodológicos y disertaciones teóricas, sino recurriendo a ejemplos y hechos” como los historiadores defienden su causa. Pues bien, esta actitud es la que ha cambiado como consecuencia de uno de los múltiples giros vividos por la historia a partir de los años setenta. En concreto, del que Noiriel ha definido como “giro epistemológico”, y al que hay que hacer responsable de la creciente dedicación de muchos historiadores a la discusión sobre la propia disciplina, sus métodos y sus formas de conocimiento².

Perdida la inocencia originaria, y convertidos en expertos en epistemología, los profesionales de la historia, y entre ellos los historiadores sociales, se han lanzado en los últimos años a diseñar, y en otros casos a criticar, nuevos caminos para el análisis del pasado. Algunos de esos recorridos tienen que ver sobre todo con el contenido del conocimiento histórico; otros, en cambio, se refieren en especial a las bases teóricas y a las formas de obtener tales conocimientos. En este texto, nos referiremos en exclusiva a estos últimos, a partir de varias publicaciones de reciente aparición. Quedará fuera, por ello, lo que dos historiadores han definido hace muy poco tiempo, en la introducción a la traducción inglesa de una selección de estudios sobre estos temas, como “la nueva historia social del trabajo en España”, en la medida en que la novedad no se refiere a los planteamientos teóricos sino a los temas que en el libro se abordan. En cambio, la atención se dirigirá a los trabajos recogidos en un número especial de celebración de los veinte años de la revista *Historia Social* (nº 60, 2008), y que responden a la pregunta de “¿Qué entendemos hoy por historia social?”; y también a los textos que en otras revistas y en algunos libros colectivos ha publicado en los últimos años el grupo más innovador y de mayor proyección internacional en este terreno, al que por razones que desconozco, no se ha dado cabida en la encuesta de dicha revista³.

Venturas y desventuras de la historia social

Aunque los dos conjuntos de textos a los que acabo de referirme tienen un parecido carácter programático, las diferencias entre ellos son muy visibles. Unos, los incluidos en el número 60 de *Historia Social*, responden a una mayor diversidad de posturas, como es propio de una revista que se define como plural; aunque dentro de ellos predomina, al menos en mi lectura, una corriente más próxima a la historia social clásica que a cualquiera de sus alternativas. Los otros, en cambio, tienen una línea unitaria y una clara voluntad de construir una alternativa a esa concepción tra-

² A la diversidad de “giros”, y al giro “epistemológico”, se ha referido Gérard Noiriel, en *Sobre la crisis de la historia*. Madrid, Cátedra, 1997, pp. 123-125.

³ Esa “nueva historia”, y la explicación de sus contenidos, en el libro colectivo *A Social History of Spanish Labour: New Perspectives on Class, Politics and Gender*, editado por J. A. Piqueras y V. Sanz Rozalén (Nueva Cork y Oxford, Berghahn Books, 2007). Véase, en especial, la introducción de los compiladores, “Traditional History and the New Social History of Labour in Spain” (pp. 1-18). El número 60 de *Historia Social* apareció a comienzos de 2008. A partir de ahora, me referiré a la encuesta que recoge mencionando el nombre del autor, y añadiendo entre paréntesis la página o páginas de las que procede la cita.

dicional; una alternativa a la que sus promotores han definido en varios trabajos como “historia post-social”. De todas formas, ambas series están animadas por un espíritu combativo similar, que ayudará –o al menos eso espero– a plantear de una vez la discusión en castellano sin las limitaciones que señalaba al comienzo de este artículo.

Veamos primero la encuesta de *Historia Social*. La mayoría de quienes interviene en ella parecen participar de una doble actitud: de un sentimiento de nostalgia de las décadas gloriosas de 1960 y 1970, en las que la dedicación a la historia social estaba vinculada al deseo de cambiar el mundo, por un lado; y, por otro, de la perplejidad ante la situación actual de la disciplina, definida como contradictoria, confusa o ambigua. De lo primero dan sobre todo testimonio los profesionales más veteranos, que fueron quienes vivieron con mayor intensidad aquella época. Entre los nacionales, lo explica así Pérez Garzón: en sus orígenes la disciplina estuvo influida por el “compromiso humanista” de “conocer mejor el funcionamiento de las sociedades pasadas para poder transformar el presente”; un compromiso del que sólo ha quedado la amarga constancia de que desde las ciencias sociales “no se puede cambiar el mundo, como en algún momento se pudo pensar y defender” (p. 201). A partir de un testimonio vital más directo, lo cuenta también, entre los especialistas extranjeros, Bryan D. Palmer: en los años setenta, el predominio de la historia social iba unido a una actitud en la que “*hacer* historia social no estaba lejos de cambiar el mundo” (p. 186). Aunque en su caso, parece que la esperanza tuvo una mayor duración, y aún no ha desaparecido del todo: de hecho, todavía puede resurgir si vuelve el espíritu de contestación social que en el pasado sirvió de “inspiración” a los mejores historiadores sociales, “cuyos escritos siempre se han situado en el lugar donde confluyen la interpretación del mundo y el intento de cambiarlo” (p. 192). Algo parecido explica, por su parte, la historiadora canadiense Joan Sangster: lo mismo que en los años sesenta y setenta el auge de la historia social no se produjo sólo en el interior del mundo académico, sino que “fue también provocado por la agitación que tenía lugar fuera de sus muros”, es posible que en el futuro “esta reciprocidad política nos alcance de nuevo, dando forma otra vez a una nueva historia social que espero conserve algo del compromiso inicial de transformar la sociedad tanto en los libros de historia como en la vida real” (p. 224).

En cuanto a las dudas sobre la evolución de la historia social, muchos de los contribuyentes a la encuesta se muestran especialmente perplejos ante la mezcla de buenos resultados de la disciplina e incertidumbre sobre sus posibilidades de futuro. “Al parecer, es más frecuente entre los historiadores sociales que entre los practicantes de otros sectores historiográficos”, explica Pat Thane, “que se pregunten sobre el estado y el contenido de su campo de estudio y se cuestionen adónde va la historia social o si tiene futuro”. Algo que sorprende a la propia autora, sobre todo si se tiene en cuenta que la disciplina “no ha dejado de crecer y dar frutos desde hace más de treinta años” (p. 225). Esa misma sorpresa parece embargar al editor de la *International Review of Social History*, Marcel van der Linden, que tras recordar la famosa frase de Eric Hobsbawm en 1970 (“Corren buenos tiempos para el historiador social”) añade: “Pocas personas se atreverían ahora a decir lo mismo”; lo cual no deja de resultar paradójico habida cuenta de que en las

últimas décadas “se ha producido un buen número de cambios (...) desde luego a mejor” (p. 163).

En suma, la “paradoja” de los últimos decenios, o al menos lo que produce “una cierta desorientación” entre los cultivadores de este área (Chacón, p. 145), es el hecho de que, a pesar de su “vitalidad”, los análisis de de la historia social como una “disciplina en crisis” han sido tan frecuentes que han acabado convirtiéndose en “un subcampo” con vida propia (Joan Sangster, p. 213). De este diagnóstico sólo se libran algunas voces. Por ejemplo, la de Jürgen Kocka, quien una vez abandonada su combatividad anterior contra la *Alltagsgeschichte*, ahora sólo ve ventajas en los cambios de los últimos años, desde la historia de las mujeres al giro lingüístico o la historia cultural⁴. De ahí procede su conclusión, que como van der Linden recuerda el viejo dicho de Hobsbawm: “es todavía –o incluso es de nuevo- un buen momento para ser historiador social”. A la misma actitud se apuntan algunos historiadores españoles, como Pérez Garzón (la historia social “ha producido un cambio muy notable de las perspectivas de conocimiento histórico”, p. 202), o Núñez Seixas, para quien es incluso posible que una historiografía periférica como la española pueda aprovechar las ventajas de esa condición para aportar “una *marca* específica al acervo historiográfico europeo y mundial” (p. 184)

Pero si dejamos de lado el optimismo de estos pocos textos, el clima general que la encuesta refleja tiene que ver sobre todo con el desconcierto y la incertidumbre. Y si nos preguntamos a qué se deben esas actitudes, la respuesta más generalizada es la siguiente: la historia social ha sido desplazada, o si se quiere dominada, por la historia cultural. Hay quien hace una descripción desapasionada, o incluso benévola, de esa transformación: “la irrupción de la perspectiva *cultural*”, en el sentido antropológico del término, “ha cambiado radicalmente nuestro modo de enfocar y tratar los datos del pasado”; y aunque la alteración plantee nuevos problemas, al mismo tiempo ha forzado “unos cambios temáticos, teóricos y de método de los que hay que felicitar” (Uría, p. 247). Pero lo más frecuente es una visión crítica del proceso: a finales de los años ochenta se cayó en “un *culturalismo* cada vez más despolitizado”, que ha convertido “en fetiche el discurso y la textualidad” (Palmer, pp. 188-189); “como materialista admito mi pesimismo frente a la desaparición de la clase como una categoría fundamental de análisis” (Sangster, p. 224). Pat Thane

⁴ “Los historiadores sociales han aprendido a analizar las múltiples relaciones existentes entre las distintas dimensiones de la desigualdad social, especialmente la clase, el género y el origen étnico, pero también la edad. Las historias que cuentan se han vuelto más complejas. Los historiadores sociales relacionan mejor las estructuras y procesos con las percepciones y los hechos. El estudio de los intereses es complementado con el estudio de las experiencias. Los historiadores sociales han aprendido a tomar en serio el lenguaje. Hoy tienen una mayor conciencia del carácter construido de sus objetos de estudio, contruidos por la intervención semántica, social y política de los contemporáneos así como por las categorizaciones del investigador. Los historiadores sociales son ahora más sensibles a la contextualización. Han establecido nuevas alianzas con antropólogos e historiadores de la cultura. Han aprendido a descodificar prácticas simbólicas. Su trabajo se ha hecho más autorreflexivo. La historia social ha experimentado una notable expansión y diversificación: en una muy gran medida, éste ha sido un proceso de enriquecimiento y progreso” (pp. 160-161). Sobre las actitudes anteriores de Jürgen Kocka, véase por ejemplo “La historia social, entre la historia de las estructuras y la historia de las experiencias”, en *Historia social y conciencia histórica*. Madrid, Marcial Pons, 2002, pp. 65-86.

recuerda, por su parte, que para historiadores como Richard Evans, “el frente abierto por la historia cultural era un asalto más, contra el cual la historia social debía defenderse”, como lo hizo hace cuarenta años frente a quienes la acusaban de ser “demasiado de izquierdas” y de debilitar “los fundamentos históricos tradicionales” (pp. 231-232).

Conociendo algo de la evolución de la historiografía española en dicho periodo, se podría pensar que en este país no nos hemos visto afectados por semejante mal. Pero la conclusión es equivocada, al menos si seguimos el diagnóstico de Núñez Seixas. Han transcurrido, de acuerdo con su valoración, “dos décadas de predominio del enfoque cultural de los fenómenos sociales, de dedicar esfuerzos al análisis de los imaginarios y las mentalidades, de intentar aprehender la formación de las identidades colectivas y su evolución, de descubrimiento y conceptualización de las posibilidades que ofrecía el ‘giro lingüístico’”; en ese periodo, la cultura se ha convertido en “un objeto preferente de la atención del historiador”; pero también ha creado nuevos problemas, como la sustitución de la explicación estructural, que antes aparecía como el *Deus ex machina* de los análisis históricos, por “un relativismo, a la postre, poco explicativo” (p. 178).

No está muy claro *dónde* han transcurrido unas décadas así caracterizadas. Quizá el autor no se refiera a la historiografía española, ni a ninguno de sus “subconjuntos o historias *nacionales* específicas” (p. 184). En todo caso, al menos en ese texto ha aparecido finalmente el enemigo a los que se enfrenta la historia social. Porque bajo el rótulo de “relativismo” se esconden toda una serie de amenazas y peligros: entre ellos, el olvido de las estructuras y el predominio de las percepciones; la atribución a la cultura y los imaginarios de un papel autónomo, y el desconocimiento de los factores independientes de la voluntad de los individuos que limitan e incluso “determinan” su acción; o la pérdida de protagonismo de los sujetos colectivos, y la caída en “el individualismo metodológico más esquemático” (pp. 180-181).

La pérdida del paraíso

Afortunadamente, a combatir estos peligros está dedicado el más largo, y sustancioso, artículo del número especial de *Historia Social*. Un artículo que aparece al margen de la encuesta, pero cuya tesis central, enunciada desde la primera frase del texto, coincide con las preocupaciones ya mencionadas de muchos participantes en ella: “A la vuelta de toda una época, la Historia que había pasado por más innovadora, específicamente la historia social, se nos ha hecho, en gran medida, historia cultural” (p. 59)⁵.

Espero que mi glosa, inevitablemente breve, no traicione la complejidad de la

⁵ José Antonio Piqueras: “El dilema de Robinson y las tribulaciones de los historiadores sociales”, *Historia Social*, n° 60, 2008 (I), pp. 59-89. Salvo que se indique lo contrario, las referencias de este apartado se refieren a dicho texto, por lo que sólo indicaré entre paréntesis la página o páginas de las que proceden las citas; unas citas que serán abundantes y relativamente largas para evitar en lo posible toda alteración del argumento del autor.

argumentación. Aunque parezca sorprendente, quizá la mejor forma de entrar en ella sea a través de un relato; o mejor, de una comparación con el uno de los relatos fundamentales de la cultura occidental, el relato fundador de la cultura cristiana, siempre presente incluso entre quienes reniegan de él. La semejanza no es, por supuesto, absoluta; pero la mezcla de similitudes y diferencias servirá (al menos, eso espero) para descubrir el carácter mítico de la narración sobre la historia social en la que se sustenta el trabajo.

En el punto de partida, las semejanzas entre los dos relatos superan a las diferencias. El relato bíblico comienza con un Edén, “un jardín delicioso”, lleno de “toda suerte de árboles hermosos a la vista” y de “frutos suaves al paladar”, en medio de los cuales se encontraba “el árbol de la vida” (*Génesis*, 2,9). Del mismo modo, en el jardín de la historia social era visible la diversidad (estaba lleno de “cosas y tendencias dispares”, aunque con “algunas matrices comunes”) (p. 69), bien que por debajo de esas disparidades el marxismo y su capacidad para “*objetivar lo subjetivo*” (p. 66, cursivas en el original) cumplía el mismo papel del árbol central del paraíso. Una descripción más detallada de tal edén debería incluir los siguientes ingredientes: la historia social “se interesaba por explicar la sociedad del pasado en movimiento”, entendida como “una totalidad interrelacionada” en cuyo centro se encontraban las clases sociales; daba por hecha “la existencia de una realidad material inseparable (subyacente, determinante o coadyuvante)” de la acción social; se interesaba por “las estructuras y los cambios”; en su método era “analítica antes que descriptiva”, pero también “hipotético-deductiva” y a la par “teórica” y “de corte empírico”; construía “modelos de explicación” y se servía de “la interdisciplinariedad”, hasta llegar “muchas veces a la completa promiscuidad” (pp. 69-70).

A diferencia de la narración bíblica, no queda claro cuál fue el momento exacto en el que los historiadores abandonaron el paraíso. Sólo se precisa que fue “en el curso de las dos últimas décadas” cuando se produjo la marcha. Tampoco se explica si hubo alguna divinidad o fuerza exterior que les expulsara del edén. Lo que, en todo caso, sí queda claro es que hubo una serpiente tentadora, que por ser “el animal más astuto” de los creados por Dios logró arrastrar a los historiadores a comer del árbol prohibido (*Gen.*, 3, 1-5). Para ser más preciso, hubo toda “una pléyade” de serpientes tentadoras que empujaron a los historiadores a consumir los frutos del árbol de la “semiótica y hermenéutica”: entre ellas (no está claro si la lista es completa o se trata sólo de algunos ejemplos), “filósofos y teóricos de la historia (Keith Jenkins, Alan Munslow, Frank Ankersmit), teólogos especialistas en misticismo (Michel de Certeau) o expertos en literatura comparada (Hayden White), todos ellos excelentes, es muy probable, en sus respectivos campos, pero con un conocimiento del trabajo del historiador social bastante inexacto” (pp. 84-85).

Una nueva diferencia: no fue el afán de saber, es decir la esperanza de convertirse en “dioses, concededores del bien y del mal” (*Gen.*, 3, 5) lo que empujó a los tentados. En este punto, y frente a las explicaciones de algunos participantes en la encuesta (que insisten, como hemos visto, en la crisis de la izquierda, o en el declive de la protesta social), el análisis responde al “marxismo inquisitorial” más clásico: lo que atrajo a los historiadores sociales fueron las ventajas personales, “no nece-

sariamente buscadas (...)—al menos no siempre” que esa nueva versión del mal, la historia cultural, les ofrecía. La cita, aunque larga, es obligada: “en primer lugar, su aparente asepsia ideológica y política la convierte en particularmente grata a las fundaciones y entidades privadas o semipúblicas que ejercen el mecenazgo sobre las artes, la ciencias y las letras; en segundo término [*esa misma historia cultural*] admite un tipo de estudio que puede prescindir del trabajo laborioso, prolongado, paciente, de resultados a veces modestos, propio de la investigación en archivos con fuentes primarias” (p. 61).

Es evidente que en este punto el relato se separa radicalmente de su modelo bíblico. Para satisfacción de los tentados, como no hay ninguna divinidad que les castigue —o, lo que es igual, como el marxismo inquisitorial no es ahora más que un “tigre de papel”—, en lugar de la condena lo que encontrarán serán premios. Nada de parir con dolor, trabajar con “grandes fatigas” o comer el pan con “el sudor de tu rostro”, como rezaban las amenazas de un dios no del todo misericordioso (*Gen.*, 3, 16-19); lo que espera a quienes emprendan el camino del mal son dádivas generosas, abundante financiación privada o semipública y la posibilidad de olvidar el polvo de los archivos. Y todo ello a cambio de una producción guiada por el mercado y la moda, por la necesidad de ofrecer “mercancías atractivas” cada temporada, y no por las exigencias de la academia y el rigor intelectual (p. 61): en concreto, a cambio de estudios sobre la vida cotidiana “donde se confunde la relevancia otorgada a la experiencia con la celebración de la trivialidad o con el fetichismo del coleccionista de antigüedades”; o bien de una revaloración de la cultura “hasta un absurdo que se compadece mal con la realidad material y el contexto de las relaciones sociales”; o, por fin, a cambio del abandono de la “aspiración a la verdad objetiva sobre el pasado” y de la conversión de la historia en “una disciplina cultural de calidad estética” (pp. 85 y 88).

Menos mal que, como saben los teólogos, el relato de la caída va siempre seguido por un relato de la redención y la salvación final. De acuerdo con este último, la historia social será capaz de olvidar los cantos de sirena de quienes la han llevado por tan mal camino para volver a disfrutar de “próspera vida” (p. 88). Aunque sea empezando de nuevo: porque, mal que le pese a muchos (entre los que quizá podríamos situar al Marc Bloch de la cita inicial de este trabajo), “si llegara el día en que la historia volviera a ser crónica y narración amena, puro arte literario sobre existencias probables o una extensión de las dudas y las respuestas que origina el subconsciente del ser humano, surgirá otra ciencia social sobre el pasado porque su agenda apenas si ha comenzado a desarrollarse y cada día se enriquece con nuevas preguntas” (p. 89).

Al igual que el referente bíblico, la narración recogida hasta aquí tiene mucho de relato mítico, en el doble sentido de este último término: tanto en el más restrictivo, una leyenda acerca de los orígenes, como en el más amplio y de uso habitual, que en el Diccionario de María Moliner aparece definido como “representación deformada o idealizada de alguien o de algo” o como “cosa que no existe más que en la fantasía de alguien”. En cualquiera de esas dos acepciones, y como ocurre con todos los mitos, su aceptación o rechazo tiene mucho de acto de fe. Si alguien da crédito a los relatos sobre la caída y la redención propios de las religiones, o a las narraciones similares, aunque secularizadas, de

determinadas ideologías con una fuerte carga mítica, también podrá aceptar una argumentación como la aquí glosada. Al resto, a los descreídos, lo que nos toca es pedir pruebas; en concreto, el tipo de pruebas a las que los historiadores estamos acostumbrados y que en este texto han sido sustituidas por especulaciones sin una sólida demostración.

Del lenguaje al imaginario: en torno a la historia post-social

Pasemos al segundo grupo de textos antes anunciado. Quienes buscan una *marca* española que añadir al acervo historiográfico mundial probablemente deberían considerar como una buena candidata la denominación de “historia post-social”. Es verdad que los usos iniciales de este término no tuvieron lugar en la historiografía española: como ha señalado Miguel Ángel Cabrera, quien lo utilizó por primera vez fue Patrick Joyce en uno de sus cursos en la Universidad de Manchester. Pero ha sido el propio Cabrera el que más ha hecho por difundirlo, tanto en España como en el mundo anglosajón, donde su libro teórico fundamental apareció bajo el título de *Postsocial History*⁶.

Tanto en ese libro como en otros textos del mismo autor, solo o en colaboración con alguno de sus discípulos, en lo que primero se insiste es en la novedad de la marca. A veces, de forma radical: “la ciencia histórica” está experimentando un “cambio de paradigma”, lo que supone una “discontinuidad básica” con las modalidades anteriores de la historiografía y obliga a adoptar un nuevo orden del día en la investigación. En otras ocasiones, en cambio, la fórmula es más modesta: se trata de una “nueva perspectiva teórica”, aún no desarrollada del todo, pero cuyos componentes, todavía dispersos y fragmentarios, permiten hablar de “un paradigma historiográfico aún emergente”⁷.

En todo caso, lo que define a ese nuevo paradigma es, al menos en el planteamiento inicial, la importancia del lenguaje y “su papel generativo en la constitución tanto de los significados como de las relaciones sociales”. Frente a la historia anterior, basada en “una concepción instrumental y *constatativa* del lenguaje”, la historia postsocial se basa en “una concepción constitutiva o *realizativa*”, según la cual el lenguaje —entendido no como un simple vocabulario, sino como “un patrón de significados”— “toma parte activa en la constitución de los objetos de los que habla y de los sujetos que lo encarnan y lo traducen en acción”. Dicho de otra manera: en cuanto “conceptos mediante los cuales las personas entran en relación significativa” con los hechos, el lenguaje “ejerce una función generativa o constructiva, en el sentido de que contribuye activamente a la elaboración de la imagen

⁶ Miguel Ángel Cabrera: *Postsocial History. An Introduction*. Oxford, Lexington Books, 2004. El libro había aparecido en España tres años antes, con el título *Historia, lenguaje y teoría de la sociedad* (Madrid, Cátedra/Universidad de Valencia, 2001).

⁷ Las primeras citas, en *Historia, lenguaje...*, p. 177. La modestia, en M. Á. Cabrera: “La historia postsocial. Más allá del imaginario moderno”; en Teresa María Ortega López (ed.): *Por una historia global. El debate historiográfico en los últimos tiempos*. Granada, Ed. Universidad de Granada/ Prensas Universitarias de Zaragoza, 2007, pp. 41 y 45.

significativa del mundo que resulta de la conceptualización de los fenómenos que componen éste”⁸.

No nos detengamos en exceso en las diferencias entre las dos explicaciones: baste con señalar que quizá “patrón de significados” no es lo mismo que conjunto de conceptos, y que identificar los “objetos” con “la imagen significativa del mundo” puede llevar a confusiones y problemas terminológicos. En todo caso, lo que más importa de momento es apuntar algunas conclusiones de ese planteamiento, sobre las que nos apoyaremos más adelante para un comentario crítico del mismo. Primera conclusión: el lenguaje, sea cual sea su definición, se sitúa entre la realidad, o “lo existente”, y los sujetos: hay una “mediación lingüística”, en otras ocasiones definida como “discursiva”; una mediación que se ha convertido, desde esta óptica, en un “auténtico factor causal de los procesos históricos”, en sustitución de la causalidad social, tal como se entendía tradicionalmente. Más aún, dicha mediación ha pasado a ser “el factor causal primordial de las acciones humanas” a la vez que “la variable crucial en la explicación de esas acciones”⁹.

Segunda conclusión: en la medida en que el lenguaje no se limita a constatar la realidad, sino que la construye o constituye, su relación con ésta no es la de un reflejo o una representación; antes al contrario, los conceptos o categorías que lo forman son “entidades históricas de naturaleza específica”. Aunque históricas, no sabemos mucho sobre su origen y evolución. De hecho, sólo conocemos algunos rasgos negativos: que no tienen “naturaleza representacional” ni están “implícitas en la realidad social”, sino que mantienen con ella una relación contingente; que proceden de otras categorías preexistentes; y que sus cambios no dependen de los sujetos humanos. Para ser más precisos: aunque los discursos no son fijos ni estables, sino que cambian, e incluso son abandonados cuando tiene lugar una “*ruptura discursiva*”, en todo caso los cambios no son “ni el fruto de la creatividad cultural humana ni el efecto causal de las transformaciones sociales”; o lo que es igual, no son “transformados *por* los propios individuos”, sino por otros discursos (“lo que socava la vigencia histórica de un discurso –y por tanto su eficacia como guía de la práctica social- no es el impacto de la realidad, sino el surgimiento de otro discurso”).¹⁰

Una tercera conclusión, evidente a partir de lo ya dicho: para que la realidad sea interpretada de acuerdo con ciertas categorías, éstas tiene que existir previamente a la realidad que se pretende interpretar. Así ocurre con las definiciones de la identidad: para que aparezcan identidades diferenciales es necesario que haya previamente un patrón de clasificación de las personas, que establezca cuáles son las características que la definen; por eso, las categorías identitarias no son simples etiquetas que designan una identidad preexistente, sino “la variable histórica de cuya mediación depende que esa identidad se constituya como tal”¹¹. Lo cual nos lleva a una

⁸ Las primeras citas, en *Historia, lenguaje...*, pp. 181 y 56-57. La segunda versión, en “La historia postsocial...”, p. 49.

⁹ Citas, en “La historia postsocial...”, pp. 52 y 60.

¹⁰ Primeras citas, en “La historia postsocial...”, p. 46. La ruptura, y las citas finales, en *Historia, lenguaje...*, pp. 72-74.

última consecuencia, referida no ya a la constitución y los cambios de la “realidad” sino a la forma de conocerla por parte de los historiadores. La tarea en la que éstos deben empeñarse, su agenda de investigación, debe ir dirigida –como señaló la socióloga Margaret R. Somers– al análisis de la formación histórica de los conceptos. Una exigencia que aparece una y otra vez en los escritos de Miguel Ángel Cabrera: en 2001 señalaba que el “objetivo prioritario” de la investigación histórica debía ser “identificar, especificar y desentrañar el patrón categorial de significados operativo en cada caso”, así como “evaluar sus efectos realizativos sobre la configuración de las relaciones sociales”; un par de años después, repetía con preocupación que como aún no se había elaborado “una explicación sistemática” de ese proceso de formación y de cambio, se corría el peligro de que el vacío lo ocuparan los paradigmas teóricos preexistentes, procedentes tanto de la historia tradicional como de la historia social clásica; y en el último texto que conozco, se volvía a insistir en la necesidad de prestar “especial atención” no a las creencias e intenciones de los agentes, ni a su contexto y posición social, sino a la genealogía o “formación histórica de las categorías”, con el fin de llevar a la investigación histórica “más allá de los límites teóricos que le ha impuesto el imaginario moderno”¹².

Como pone de manifiesto esta última cita, hay una nueva fórmula que en los últimos escritos ocupa un lugar cada vez más importante: el “imaginario social moderno”. Procedente de Charles Taylor, aunque interpretada de una forma un tanto distinta a la del filósofo canadiense, el término ha sustituido a otros como discurso o metanarrativa. En todo caso, ocupa el mismo lugar mediador que antes se asignaba a aquéllos: el imaginario social es “una suerte de tercer elemento, situado *entre* la realidad y la subjetividad y que opera como nexo entre ambas”; y más en concreto, “la mediación significativa del imaginario moderno” es la que produce las nuevas instituciones de la modernidad, e incluso la que está en la raíz del movimiento obrero (un tema al que tendremos ocasión de referirnos más adelante)¹³.

No queda claro si hay un único imaginario moderno o más bien varios (en cuyo caso, se corresponderían a corrientes ideológicas: se habla de imaginario *liberal* o de imaginario *socialista*). Pero al menos parece que con esta nueva categoría hemos dado un paso hacia adelante en la agenda de investigación centrada en el análisis de la formación histórica de los conceptos. De acuerdo con Taylor, “la nueva visión del orden moral de la sociedad” surgió en el siglo XVII, en gran medida como respuesta al desorden interno e internacional que trajeron consigo las guerras de religión, y se reflejó sobre todo en las formulaciones teóricas de

¹¹ La historia postsocial...”, p. 53.

¹² Las primeras citas, en *Historia, lenguaje...*, pp. 180-181; la siguiente referencia, en M. A. Cabrera: “La crisis de lo social y su repercusión sobre los estudios históricos”, *Pasado y Memoria. Revista de Historia Contemporánea*, nº 2, 2003, p. 283. Las últimas, en “La historia postsocial...”, p. 70.

¹³ La crisis de lo social...”, p. 280; “La historia postsocial...”, p. 65. Para las diferencias entre el planteamiento de Taylor y el que recoge Cabrera, bajo la influencia sobre todo de Mary Poovey, un tema del que no podemos ocuparnos en este trabajo, pueden compararse los siguientes textos: Charles Taylor: “Modern Social Imaginaries”, *Public Culture*, 14 (1), 2002, pp. 91-124, o la versión ampliada en forma de libro de este trabajo (*Imaginarios sociales modernos*. Barcelona, Pídots, 2006); Mary Poovey: “Lo social y el sujeto civil liberal en la filosofía moral británica del siglo XVIII”, *Ayer*, nº 62, 2006 (2), pp. 139-164; y M. A. Cabrera: “La crisis de lo social...”, pp. 278-280.

Hugo Grocio y John Locke. A ese mismo origen, aunque sin mención de los protagonistas (probablemente para evitar la caída en el viejo paradigma de la historia intelectual), se refiere Cabrera en más de una ocasión. También se ha avanzado en la explicación de los cambios del imaginario y de sus categorías, como muestran algunos ejemplos procedentes de las investigaciones de historiadores anglosajones vinculados de alguna manera a esta corriente. Quizá habría que decir que en los textos que comentamos han aparecido no una, sino dos formas de explicar estos cambios: una primera más tradicional, en la que los individuos, sus prácticas y la realidad social aún juegan un papel relevante; y otra en la que se mantiene el principio de que son los discursos y las categorías, y no los sujetos ni las prácticas, las que determinan las transformaciones.

Veamos la primera: “Los imaginarios entran en crisis cuando, en el curso de la aplicación práctica de sus supuestos y teorías, se pone de manifiesto que éstos no se corresponden, como pretenden, con el funcionamiento de la realidad o el curso real de la historia”, con lo que el mencionado imaginario “comienza a perder autoridad epistemológica y normativa”, con las consecuencias imaginables en las actitudes y las prácticas de los individuos. Ejemplo de ello es el fracaso del socialismo. Veamos ahora la segunda: “No fueron el desarrollo de la sociedad capitalista y la lucha de clases -como tradicionalmente se ha sostenido- sino la rearticulación de los problemas humanos en problemas sociales, lo que dio origen al Estado de bienestar”; una rearticulación “significativa”, en la que los sujetos y sus luchas no desempeñaron al parecer ningún papel (con excepción de “los científicos y expertos sociales”, cuya función fue desentrañar las leyes que gobiernan las interacciones humanas y hacer posible la adopción de las normas de ingeniería social que caracterizan al Estado de bienestar)¹⁴.

El “giro lingüístico” y sus críticos

No parece que ambas formas de explicación resulten del todo compatibles. Antes al contrario, se podría decir que, expulsada por la puerta, la realidad –para seguir usando el mismo término de estos textos- reaparece por la ventana. Lo cual nos lleva a la crítica de unos planteamientos que hasta ahora he procurado recoger, quizá sin conseguirlo, con la mayor fidelidad posible.

En el fondo, lo que la historia post-social significa, al menos en mi opinión, es una traslación al terreno que tradicionalmente se ha conocido como historia social de las versiones extremas del “giro lingüístico”, tal como fueron formuladas en los años ochenta por algunos representantes de la historia intelectual, el sector historiográfico en el que el giro prendió con más fuerza. Puede resultar sorprendente, o al menos curioso a la vista de lo que después ocurrió, recordar que si el *linguistic turn* prendió con fuerza en aquel sector fue porque en él se vivía el temor a la absorción por la entonces dominante historia social: “[L]a historia intelectual no debería verse

¹⁴ La primera explicación, en M. A. Cabrera: “Hayden White y la teoría del conocimiento histórico. Una aproximación crítica. *Pasado y Memoria*, nº 4, 2005, p. 143. La segunda, a partir de un análisis del historiador británico Nikolas Rose, en “La historia postsocial...”, p. 67; o en “La crisis de lo social...”, p. 282.

como un mera función de la historia social”, sino que tenía que mantener una “especificidad relativa”, explicó Dominick LaCapra en uno de los textos que anunciaban el giro¹⁵.

La década de 1980, y el comienzo de la de 1990, pueden ser definidas, como hizo Roger Chartier recogiendo los términos de un famoso editorial de *Annales E.S.C.* (“Histoire et sciences sociales. Un tournant critique?”, marzo-abril de 1988) como un “tiempo de incertidumbre” o de “crisis epistemológica”. Fue entonces cuando el giro lingüístico –cuyos precedentes en la filosofía se remontaban a los años 60- se extendió por algunos sectores de la historiografía norteamericana. En cambio, a pesar del mencionado desconcierto, el *linguistic turn* no alcanzó un especial éxito en el continente europeo. La razón es muy sencilla: frente al intento de asentar la nueva actitud historiográfica en la concepción del lenguaje como un sistema de signos arbitrarios e independientes de la voluntad de los hombres, en Europa se vivían tiempos de insistencia en la libertad de los sujetos y de rechazo de las rígidas determinaciones estructurales de la historiografía anterior. Hubo que esperar, por eso, algunos años para que en la historia social, o post-social, vinculada a dicho *giro*, los sujetos volvieran a perder protagonismo e importancia en favor de un nuevo determinismo: en este caso, eso sí, de un determinismo por las estructuras lingüísticas, que venía a sustituir a la vieja determinación por las estructuras sociales, aunque manteniendo el mismo carácter rígido e impersonal de aquéllas¹⁶.

De todas formas, ni siquiera en el sector más identificado con dicho *giro*, la historia intelectual, hubo en los años ochenta un acuerdo generalizado en torno al contenido y los límites del mismo. Lo señaló John Toews en un muy influyente “estado de la cuestión”, que apareció a finales de la década. En aquel momento, muchos historiadores estaban dispuestos a reconocer que el lenguaje no podía ser analizado simplemente “como un medio, relativa o potencialmente transparente, para la representación o expresión de una realidad exterior a él mismo”, y por ello aceptaban de buen grado un acercamiento a la teoría semiológica del lenguaje como “un sistema autosuficiente de signos cuyos significados vienen dados por las relaciones de unos con otros, y no con objetos o sujetos transcendentales o extralingüísticos”. Pero pocos estaban decididos a llevar ese compromiso hasta sus formulaciones más extremas, y a dar por bueno que “el lenguaje no sólo modela la realidad histórica, sino que la constituye”, o que “la creación de significados es impersonal y opera a espaldas de unos usuarios del lenguaje cuyas acciones lingüísticas sólo pueden ejemplificar, pero no controlar, las reglas y los procedimientos de los lenguajes que habitan”. Por el contrario, la “tendencia predominante” en la bibliografía examinada por Toews trataba de adaptar las inquietudes históricas tradicionales al reto de la semio-

¹⁵ Dominick LaCapra: “Repensar la historia intelectual y leer textos”, recogido en Elías José Palti: “*Giro lingüístico*” e historia intelectual. Buenos Aires, Universidad Nacional de Quilmas, 1998, pp. 239.

¹⁶ Sobre los orígenes de la expresión, véase Richard Rorty: *El giro lingüístico. Dificultades metafísicas de la filosofía lingüística*. Barcelona, Paidós, 1998, pp. 62-63. La situación de la historia a fines de los ochenta está descrita con precisión en Roger Chartier: “L’histoire, entre récit et connaissance”; en *Au bord de la falaise. L’histoire entre certitudes et inquiétude*. París, Albin Michel, 1998, pp. 87-107; la caracterización, en p. 87. La cita de G. Noiriel, en *Sobre la crisis de la historia*. Madrid, Cátedra, 1998, p. 126. La vinculación entre el *giro* y la historia postsocial, en M. A. Cabrera: “Presentación: Más allá de la historia social”, *Ayer*, n° 62, pp. 12-13; y “La historia postsocial...”, p. 49.

logía, reafirmando que “a pesar de la relativa autonomía de los significados culturales, los sujetos humanos todavía crean y recrean los mundos de significado en los que se encuentran inmersos”, e insistiendo en que “esos mundos no son creaciones *ex nihilo* sino respuestas a, configuraciones de, unos mundos cambiantes de experiencia que son, en última instancia, irreducibles a las formas lingüísticas en que se presentan”. De donde derivaba la tarea para los historiadores (Toews se refería, como he señalado, a los historiadores intelectuales) de explicar “por qué algunos significados surgen, perviven y desaparecen en determinados momentos y en situaciones socioculturales específicas”¹⁷.

Veinticinco años después de aquellas primeras discusiones, la insatisfacción ante las formas excesivamente rígidas en que han desembocado el giro lingüístico y las corrientes vinculadas a él, como la historia post-social, ha ido en aumento. Un texto reciente de Gabrielle Spiegel lo refleja con precisión. La importancia otorgada en los últimos años a términos como *discurso*, en el sentido de Foucault, que no permite equipararlo sin más a lenguaje; *acción* (“el término que apunta a la carencia fundamental de las recientes teorías lingüísticas”, según W. Reddy); *sujeto*, en cuanto creador de significados no totalmente condicionados; o *experiencia*, a la que ya Toews consideró “irreducible” a las formas lingüísticas en que se presenta, son buena prueba de la necesidad de abrir el cerrado mundo de la rígida determinación por las estructuras lingüísticas¹⁸.

Lo cual no significa un abandono del *giro*, o un desprecio a la importancia del lenguaje como ordenador de las experiencias y las prácticas de los sujetos. Más bien se trata de lo que, con mucho acierto, la propia Spiegel ha definido como una “acomodación revisionista”: una acomodación que al tiempo que mantiene “la creencia en la fuerza mediadora del discurso y la cultura”, trate de evitar “cualquier retorno a la transcendencia, identidad, esencia, teleología, totalidad o a las implicaciones determinantes de la fase constructivista del giro lingüístico”¹⁹.

En lo que a la “historia postsocial” se refiere, quizá esta acomodación, y el “giro histórico” al que apela Spiegel —un giro que, a partir del reconocimiento del carácter temporal y contingente de las creencias y las prácticas, devuelva a la historiografía a “su vieja preocupación por los procesos, los agentes el cambio y la transformación”- se vería facilitado si se precisara más qué se entiende por “lenguaje”; y, en especial, si la preocupación por el lenguaje como “patrón de significados” fuera sustituida por el interés hacia los significados cambiantes que utilizan los distintos hablantes.

Es sorprendente que, a pesar de la importancia del lenguaje en todo el plantea-

¹⁷ John Toews: “Review Article: Intellectual History after the Linguistic Turn: The Autonomy of Meaning and the Irreducibility of Experience”, *American Historical Review*, vol. 92, n° 4, octubre de 1987, pp. 881-882.

¹⁸ El párrafo resume, quizá con demasiada brevedad, las críticas recogidas por Gabrielle Spiegel, en “La historia de la práctica: nuevas tendencias en historia tras el giro lingüístico” [*Ayer*, n° 62, 2006 (2), pp. 19-50]. El texto es una versión abreviada de la Introducción de Spiegel a un libro editado por ella (*Practicing History. New Directions in Historical Writing after the Linguistic Turn*. Nueva York y Londres, Routledge, 2005).

¹⁹ G. Spiegel: “La historia de la práctica...”, p. 45.

miento de la historia postsocial, la reflexión sobre el mismo haya sido más bien escasa. Se habla constantemente de lenguaje, sin recordar que, como señaló el padre de la lingüística moderna, Ferdinand de Saussure, “el lenguaje es multiforme y heteróclito”: como es “a la vez físico, fisiológico y psíquico”, y pertenece tanto al dominio individual como al social, “no se deja clasificar en ninguna de las categorías de los hechos humanos”. Para superar la imprecisión, Saussure acuñó nuevas categorías como “lengua” (*langue*) -“un objeto bien definido en el conjunto heteróclito de los hechos del lenguaje”- y “habla” (*parole*) -entendida como el uso de aquella por los individuos-, al tiempo que analizaba las diferencias entre una y otra: en concreto, entre el “sistema de signos” y su utilización por los hablantes; o entre “el producto que el individuo registra pasivamente” (la *langue*) y el empleo que hace de ese producto una vez asimilado por el aprendizaje (el *habla*). Aquella, la *langue*, era un sistema arbitrario de signos, que cada generación heredaba de las anteriores, y que contaba con los dos caracteres contrapuestos de la “inmutabilidad” y la “mutabilidad”: una contradicción que los editores del *Curso de lingüística general* resolvieron explicando que “la lengua se transforma sin que los sujetos hablantes puedan transformarla”. Ésta, el *habla*, como “acto individual de voluntad e inteligencia”, estaba sujeta en cambio a las mutaciones derivadas de su uso por los sujetos; o, lo que es igual, sufría cambios en virtud de “las combinaciones por las que el sujeto hablante utiliza el código de la lengua con miras a expresar su pensamiento personal”²⁰.

En los textos sobre la historia postsocial, parece que, por debajo de las menciones al lenguaje como “un sistema de construcción de significados”, según Joan Scott, o al discurso como “una serie coherente de categorías que, en una situación histórica dada, actúa como organizador básico de las relaciones sociales”, está presente lo que Saussure definió como *langue* y no lo que consideró como *habla*. De ahí la desaparición de los sujetos y de sus posibilidades de intervenir en el cambio de los significados y los discursos: al igual que la *langue*, el “discurso heredado se impone a los individuos como una matriz cognitiva ineludible”, sin que éstos puedan hacer nada por cambiarlo: “lo que socava la vigencia histórica de un discurso (...) no es el impacto de la realidad, sino más bien el surgimiento de otro discurso”. Lo más que se reconoce es que los cambios son una consecuencia indirecta de la práctica social; pero una consecuencia en la que los sujetos no desempeñan ningún papel, o sólo juegan el de instrumentos para la acción de los auténticos protagonistas. Véase, como prueba, la continuación de una de las citas anteriores: “como consecuencia del despliegue práctico que los individuos hacen de él, el discurso se modifica, produce nuevas categorías y abandona otras y, finalmente, declina y deviene otro discurso”²¹.

Quizá no era necesaria esta nueva vuelta de tuerca. Más bien parece haber sido una adición al planteamiento inicial, forzada por el deseo de incrementar la importancia de las estructuras lingüísticas, y de debilitar al mismo tiempo la de los suje-

²⁰ Las definiciones, en Ferdinand de Saussure: *Curso de lingüística general*. Madrid, Alianza Ed., 1990, pp. 30-31. Los rasgos de la lengua, *ibidem*, pp. 87 ss.; y la cita de los editores, Charles Bally y Albert Sechehaye, *ibid.*, pp. 97-98, nota.

²¹ *Historia, lenguaje y...*, pp. 74-75.

tos. De hecho, en algún texto anterior, pero de contenido muy similar, los individuos quedaban más favorecidos: “Los individuos encuentran su ser dentro del lenguaje y están constreñidos por él, pero al mismo tiempo, cada significado está ‘siempre implícitamente en peligro’, porque como los individuos desarrollan todas las posibilidades de un discurso (...), alteran, recrean y sustituyen significados anteriores. Cada discurso lleva en su interior el discurso que le sustituirá”. Como se ve, en esta última cita lenguaje y discurso tenían más que ver con el *habla* que con la *lengua*. Éste podía haber sido un camino para la recuperación de la acción de los sujetos; pero un camino que se frustró por el peso de una concepción demasiado exigente de las estructuras lingüísticas y las categorías del discurso²².

Aún se podría dar un paso más en el examen del lenguaje. La influencia, en este caso, vendría de Mijail Bajtín y de los miembros de su corriente. Es verdad que en su planteamiento se rechaza la diferenciación de Saussure para insistir en el carácter social del lenguaje (“el lenguaje sólo vive en la interacción dialógica de quienes lo usan”, explicó Bajtín). Pero lo que más debe importarnos es otra cara del análisis. En lugar de verlo como un plácido sistema ordenado en el que los significados surgen de la relación entre los signos, el lenguaje debe ser considerado como un terreno de enfrentamiento; es decir, como un terreno en el que los individuos y los grupos sociales contrastan los significados que cada uno, de acuerdo con sus posiciones y experiencias, atribuyen a los términos. Porque, como de nuevo señaló Bajtín, “no hay palabras con significados compartidos por todos, no hay palabras que ‘no pertenezcan a nadie’”. Lo que hay es una lucha constante en la que la hegemonía lingüística de los sectores social dominantes es discutida por quienes se sienten excluidos y tratan de cambiar los significados de los términos para adaptarlos a sus experiencias²³.

Tres estadios de la historia social

No vamos a enfrascarnos en una discusión más detallada de estos conceptos. Más bien, lo que parece adecuado para completar este análisis es examinar la visión que los defensores de la historia post-social tienen de la evolución de la disciplina; una visión, como es fácil suponer, radicalmente distinta de la que aparece en el primer bloque de textos comentado más arriba. De hecho, si el relato del co-director de *Historia Social* y de varios participantes en la encuesta de la revista se asemejaba a la historia cristiana del pecado y la redención, este nuevo relato se aproxima a la otra gran narrativa que ha dominado la cultura occidental desde hace al menos tres siglos; es decir, representa una versión adaptada al terreno que nos interesa de la vieja teoría del progreso.

El nuevo relato ha aparecido en dos versiones: una, dedicada a la evolución

²² El camino, en M. A. Cabrera: “Linguistic approach or return to subjectivism? In search of an alternative to social history”, *Social History*, vol. 24, n° 1, enero 1999, p. 82.

²³ El análisis del párrafo, y las citas de Bajtín, proceden de Marc W. Steinberg: “‘A way of struggle’: reformulations and affirmations of E. P. Thompson’s class analysis in light of postmodern theories of language”, *The British Journal of Sociology*, vol. 48, n° 3, septiembre 1997, pp. 478-481.

global de la historia social; y otra referida de forma específica a la historia española del movimiento obrero. En ambas, en todo caso, el recorrido se encuentra dividido en las mismas tres fases. En la versión más general, la primera de esas fases, la historia social clásica vinculada al materialismo histórico o a la escuela de *Annales*, se asentaba en una definición de la causalidad social por la cual las acciones de los sujetos “están causalmente determinadas por sus condiciones materiales de existencia y por la posición que ocupan en las relaciones sociales”. En cambio, la segunda, la historia sociocultural o “nueva historia cultural”, que apareció en los años sesenta gracias a la obra de E. P. Thompson, otorgaba una mayor autonomía a la cultura, a la que atribuía “una función activa en la constitución de la identidad y en la configuración de la práctica y de las relaciones sociales”; aunque seguía manteniendo la dicotomía entre la estructura y los sujetos y otorgando la primacía causal, aunque añadiera el papel mediador de la *experiencia*, a la esfera socioeconómica. Por fin, la nueva historia, definida también como “historia discursiva” o, de acuerdo con la definición que el tiempo ha vuelto familiar, como “historia post-social” pretendía romper el modelo dicotómico e introducir las premisas teóricas que ya conocemos, y que pueden resumirse en la autonomía y el papel decisivo del discurso²⁴.

No cabe duda de que el paso de una de esas etapas a la siguiente representa un progreso. La segunda fase ayudaba a entender mejor los comportamientos de los sujetos y los grupos, en especial aquellos comportamientos que no se ajustaban a las predicciones teóricas del esquema anterior; por su parte, la tercera suponía un nuevo avance en la medida en que permitía acabar con el viejo dilema de sociólogos e historiadores entre la sociedad y los individuos. La nueva historia no significaba, por ello, “una mera continuación de la tendencia a conferir una mayor autonomía relativa a la esfera cultural y a la intencionalidad humana”; antes al contrario, traía consigo una ruptura, una “discontinuidad radical”, reflejada en el “abandono decidido del modelo teórico dicotómico y de sus términos constitutivos”²⁵.

Puede que la ambición fuera excesiva. Como muchos sociólogos han descubierto, hay dilemas irresolubles, antinomias permanentes, que sólo tienen una solución transaccional; y la historia de la disciplina sociológica puede hacerse a partir de esa dicotomía y de los sucesivos intentos de transacción. En cuanto a la historia social, convendría señalar al menos dos cosas. Que la descripción de las etapas sólo cubre la evolución de un sector, bien que muy relevante, de la disciplina, es la primera. En concreto, únicamente dentro de la historia social marxista se produjeron las dificultades y los problemas que obligaron al paso de la primera a la segunda fase: sólo desde el planteamiento marxista pudieron verse como anomalías determinados comportamientos sociales que no se ajustaban a las predicciones (por ejemplo, la existencia de un movimiento obrero no revolucionario); y por ello sólo en ese marco fue necesario preguntarse por la ausencia de las reacciones predefinidas en la teoría, e introducir los ingredientes cul-

²⁴ Las citas, en *Historia, lenguaje...*, pp. 22 y 27.

²⁵ Cita, *ibidem*, p. 177.

turales como factor explicativo. En cambio, para los historiadores no marxistas de la escuela de *Annales*, o para historiadores sociales británicos como Harold Perkin (el fundador de la *Social History Society*), las anomalías no eran tales, sino el comportamiento lógico a partir de su propia descripción de la realidad social²⁶.

Pero hay además una segunda cuestión que conviene considerar. Como el propio Miguel Ángel Cabrera ha reconocido en diversas ocasiones, en la práctica algunos de los historiadores que aparecen como protagonistas de la tercera renovación no se reconocen del todo en ella, o al menos no mantienen esa actitud de ruptura radical con la historia sociocultural anterior que al parecer define al nuevo paradigma. No se trata sólo de que la historia cultural sea el territorio del que procede la mayoría; lo que da lugar a que componentes del nuevo paradigma se encuentren “entremezclados” con los de la historia sociocultural es la evidente dificultad para separarlos sin caer en los extremos antes criticados. La reciente aparición de una revista como *Cultural and Social History*, a partir de 2004, es un buen testimonio de la dificultad de segregar ambos campos²⁷.

En todo caso, las dificultades para mantener este esquema de tres etapas sucesivas se hacen aún más visibles en el intento de aplicarlo a la historia del movimiento obrero español, emprendido por Cabrera junto a dos de sus discípulos más brillantes, Blanca Divassón y Jesús de Felipe. Por suerte o por desgracia, en lo que se refiere a este asunto el comentario tendrá algo de “egohistoria”; por eso, si algún lector ha tenido la paciencia de llegar hasta este punto, quizá debería concluir aquí su lectura sin ningún remordimiento, o al menos considerar prescindibles los siguientes párrafos y dirigirse al último apartado de este ya largo texto²⁸.

El hecho es que en la división tripartita de la historia del movimiento obrero, el salto entre la primera y la segunda fase —es decir, de la historia social clásica a la historia sociocultural— corresponde a un artículo publicado en 1982 por José Álvarez Junco y por mí (“Historia del movimiento obrero. ¿Una segunda ruptura?”). En el trabajo de Cabrera-Divassón-de Felipe no se dice mucho de la primera fase: sólo se recoge el supuesto de la historia social clásica, antes descrito, por el que la clase obrera poseía una identidad y unos intereses específicos, derivados de sus condiciones materiales, que la llevaban de forma inevitable a “adoptar una actitud de oposición al capitalismo y al régimen político liberal, y a crear organizaciones propias con las que luchar por sus objetivos” (p. 47). Si no ocu-

²⁶ Frente a la tendencia a identificar la historia social británica con la tradición socialista, no estará de más recordar que en el Reino Unido existe también “una poderosa corriente liberal”, de la que Harold Perkin ha sido uno de los más destacados representantes. Sobre esta corriente, véase por ejemplo la respuesta de Pat Thane a la encuesta del número 60 de *Historia Social* (“¿Qué es hoy la historia social?”, pp. 225-232).

²⁷ El reconocimiento, y la cita, en “La historia postsocial...”, p. 45. Un reflejo de esa dificultad para separar ambos campos, en la respuesta de Patrick Joyce a la encuesta de *Historia Social* (pp. 155-158).

²⁸ M. A. Cabrera, B. Divassón y J. de Felipe: “Historia del movimiento obrero. ¿una nueva ruptura?”. En Mónica Burguera y Christopher Schmidt-Novara (eds.): *Historias de España contemporánea. Cambio social y giro cultural*. Valencia, PUV, 2008, pp. 45-80. A partir de ahora, sólo indicaré entre paréntesis la página o páginas de las que proceden las citas de ese trabajo.

rría así, la culpable era la “falsa conciencia” de muchos trabajadores, entendida como una anomalía circunstancial destinada a desaparecer más pronto o más tarde. Ahora bien, cuando la anomalía se mostró “tan extendida y (...) tan persistente” fue cuando algunos historiadores, bajo el influjo de E. P. Thompson, dieron el salto hacia la nueva fase, y adoptaron un nuevo programa de investigación. Bien es verdad que el salto fue incompleto e insuficiente, como veremos más adelante. En todo caso, la historia sociocultural favoreció “una considerable expansión de los temas de estudio” y “una profunda reinterpretación de la historia del movimiento obrero español” (p. 49) a partir de los análisis sobre la experiencia o la sociabilidad obreras; y, más en general, a partir del “descenso hacia la clase”, que se reflejó en estudios sobre sus condiciones materiales y laborales, y también sobre las dimensiones culturales de su vida.

Pero no vamos a detallar aquí la lista de avances que se atribuyen a esta nueva óptica. Porque lo que de verdad importa es la mención de sus insuficiencias, que fueron las causantes del salto a la tercera y definitiva fase de la historia post-social. La crítica fundamental es, una vez más, la pervivencia de algunas ideas heredadas de la historia social clásica: en especial, del predominio de la estructura económica y social a la hora de definir los intereses de los trabajadores. Al parecer, quienes dieron el salto hacia la historia sociocultural nunca pusieron en duda “el supuesto previo de que la identidad de clase tiene su fundamento causal último en la clase y de que, por tanto ésta ha de ser considerada como una entidad de naturaleza objetiva” (pp. 47-48). Por eso, la nueva historia cultural del movimiento obrero siguió considerando a esos intereses e identidades como “entidades objetivas que están ya implícitas en la esfera socioeconómica”, y tomando a la cultura “sólo como un medio a través del cual aquéllos se hacen explícitos” (p. 55). Reconocido así el papel causal decisivo de las condiciones materiales de existencia, la explicación de la formación de la clase obrera no pudo por menos de referirse a los procesos de industrialización: “en el caso de España, el surgimiento de la identidad de clase sig[uió] remitiéndose causalmente al crecimiento material de la clase, a partir de las décadas finales del siglo XIX, como consecuencia de la industrialización” (p. 56). Éste ha sido, al final, el más grave error, frente al que se hace necesaria una nueva agenda de investigación: “los historiadores socioculturales nunca se detuvieron a examinar seriamente la premisa teórica de que el movimiento obrero fue un efecto de la existencia de la clase obrera y que, por tanto, ésta fue su base causal” (p. 64).

En la medida en que no existe una nómina de los historiadores socioculturales, es difícil contestar a estos comentarios, salvo si la respuesta tiene un tono claramente personal. Me limitaré, por ello, a tres observaciones generales, que quizá no sean compartidas por otros historiadores de esta corriente, si es que tal corriente existe. Es muy dudoso, para empezar, que el tan mentado artículo sobre “la segunda ruptura” diera origen a una nueva fase en la historiografía obrera: de hecho, lo que recibió fueron sobre todo críticas, como podrá comprobar quien revise las publicaciones de las dos décadas siguientes; críticas que aún duran, y de las que sigue dando prueba, aunque sea de forma indirecta, el número de *Historia Social* antes comentado²⁹. Es verdad que con el tiempo la cita de

aquel texto pasó a convertirse en un lugar común; pero quienes han dedicado su investigación a la cultura obrera, se han ocupado de la cultura en el sentido más clásico del término (alfabetización, publicaciones y actividades culturales de las organizaciones obreras, ocio...) y no de su papel de intermediaria entre la esfera socioeconómica y los sujetos³⁰.

No sólo es difícil justificar la aparición de una nueva fase a partir del citado texto. Además, y es mi segunda observación, tampoco era eso lo que se pretendía con el artículo: más que la renovación de la historia obrera, lo que a sus autores nos empezaba a interesar, por razones tanto políticas como historiográficas, era el campo más amplio de la historia de los movimientos sociales, dentro de los cuales el movimiento obrero no había sido el más importante en todo tiempo y lugar. Por eso, ni Álvarez Junco ni yo mismo hemos vuelto con mucha asiduidad a los esa parcela específica de la historia social.

Alguna vez, de todas formas, sí lo hemos hecho. Una de esas vueltas, en lo que a mí se refiere, corresponde a un trabajo sobre la formación de la clase obrera en España, que ha sido mencionado por los defensores de la historia postsocial como un ejemplo de tal historia sociocultural. Pues bien, y esta es mi tercera observación, la tesis que allí se mantiene está en las antípodas de la doctrina que se atribuye, como ya hemos visto, a esa actitud historiográfica. En lugar de poner en relación la aparición de la clase obrera con el proceso de industrialización, en dicho trabajo se insiste, en línea con lo que E. P. Thompson señaló para Inglaterra o William Sewell para Francia, en la importancia de los trabajadores de los oficios tradicionales para la aparición de la clase; y aunque se establece una clara relación entre el movimiento obrero y la clase obrera, el sentido de la misma es exactamente el contrario de aquel que se atribuye, y por el que se critica, a la historia sociocultural. Podemos

²⁹ La primera presentación de las ideas que acabaron expuestas en el artículo ya mencionado dio lugar a un fuerte debate entre los historiadores del movimiento obrero de aquel momento, recogido más tarde en la propia *Historia Social* ("Retrospectiva. 20 años del encuentro de Barx", *Historia Social*, nº 34, 1999, pp. 157-160). El texto fue criticado tanto por el representante más destacado de la historia social clásica, Manuel Tuñón de Lara, como por muchos historiadores de la siguiente generación. Estos últimos atacaron el texto por diversas razones: por haber construido "un cliché muy sesgado" [Pere Gabriel: "A vueltas y revueltas con la historia social obrera en España. Historia obrera, historia popular e historia contemporánea", *Historia Social*, nº 22, 1995 (II), p. 45]; por "recoger los ecos del reexamen crítico" realizado por historiadores de otros países (Julián Casanova: *La historia social y los historiadores*. Barcelona, Crítica, 1991, p. 165 nota); por el "exceso" y la "unilateralidad" de las críticas [Carlos Barros: "El retorno del sujeto social en la historiografía española"; en S. Castillo y J. M^a. Ortiz de Ortuño (coord.): *Estado, protesta y movimientos sociales*. Bilbao, Universidad del País Vasco, 1998, p. 202]; por "simplificar en exceso las posiciones" de otros historiadores [Francisco Erice Sebares: "La clase obrera española en el siglo XIX: Balance y perspectivas historiográficas"; en M. Ortiz Heras, D. Ruiz González, I. Sánchez Sánchez (coord.): *Movimientos sociales y Estado en la España contemporánea*. Cuenca, Universidad de Castilla-La Mancha, 2001, p. 47 nota]; o por apropiarse de "un esfuerzo colectivo" de la "manera en que Charlot encabezaba las manifestaciones: poniéndose delante de ellas" [Juan José Carrillo: "Historia social y sociología, *même combat*"; en S. Castillo y R. Fernández (coord.): *Historia social y ciencias sociales*. Ed. Milenio, Lleida, 2001, p. 118 nota]. Estas críticas, y otras parecidas, hacen difícil pensar en un grupo homogéneo de historiadores socioculturales como el que se describe en el texto de Cabrera-Divassón-de Felipe.

³⁰ Un buen estado de la cuestión, que refleja con claridad esta tendencia, en F. de Luís Martín y L. Arias González: "Mentalidad y cultura obrera en la España de entresiglos: vindicaciones, planteamientos e incertidumbres", *Historia Contemporánea* (Universidad del País Vasco), nº 24, 2002, pp. 389-428.

comparar la cita recogida dos párrafos más arriba [para los historiadores socioculturales, “el movimiento obrero fue un efecto de la existencia de la clase obrera y (...), por tanto, ésta fue su base causal”] con las frases con las que concluye el capítulo mencionado: “En cuanto sujeto histórico, es decir como entidad colectiva disponible para la movilización, la clase obrera fue el resultado de la acción continuada de los integrantes del movimiento obrero; fueron ellos quienes interpretaron las experiencias comunes de los trabajadores y difundieron los marcos conceptuales que permitían a estos últimos integrarse en una identidad colectiva”³¹.

¿Ha vuelto Marx?

De lo dicho se podría concluir que en su análisis, Cabrera y sus discípulos han colocado a la historia del movimiento obrero en el mismo lecho en el que Procusto tumbaba a sus víctimas, acortando o alargando sus miembros para que se ajustaran al tamaño del mismo. Pero ya es hora de abandonar la egohistoria y de volver a lo que realmente interesa. Para la historia postsocial, la crítica a la vinculación causal entre la clase obrera y el movimiento obrero no quiere decir que no exista ninguna relación entre una y otro: lo que no existe es “una conexión lógica” entre ambos; o dicho de otra manera, aunque el movimiento y la clase “estén materialmente conectados, no están causalmente vinculados” (p. 69). La pregunta es entonces obligada: si no existe una relación causal entre ambos, sino sólo una conexión material, ¿cuáles son las causas de la aparición del movimiento obrero? La respuesta es, al menos en mi opinión, sorprendente: frente a quienes hablan de la proletarianización como la causa principal de la movilización, lo que ahora se señala es que “la asalarización progresiva de la mano de obra devino un fenómeno relevante porque fue conceptualizada como tal por los propios trabajadores”. La continuación de la cita es igualmente expresiva: “no fue la proletarianización en sí misma la que provocó la resistencia de los trabajadores y motivó la aparición de las identidades obreras, sino el hecho de que esos trabajadores la concibieron como una amenaza a la libertad de los individuos productivos, que los reducía a meros esclavos de los patronos egoístas y tiranos que sólo pensaban en su propio beneficio y no en el bien común” (p. 69).

Explicaré, para acabar este texto, mi sorpresa ante tal fórmula. Pensábamos que habíamos llegado a la tercera y definitiva fase de la historiografía del movimiento obrero, que dejaba atrás todas las formulaciones anteriores; en cambio, lo encontramos es, al menos a mi juicio, una versión algo más compleja de la vieja separación marxista entre la clase “en sí” y la clase “para sí”. Recordemos la explicación de

³¹ Es William H. Sewell, Jr., quien ha recogido, como “un acuerdo casi universal” de los trabajos de las últimas décadas el hecho de que “los artesanos cualificados, y no los obreros de las nuevas industrias fabriles, dominaron el movimiento obrero en las primeras décadas de la industrialización” (*Trabajo y revolución en Francia. El lenguaje del movimiento obrero, desde el Antiguo Régimen hasta 1848*. Madrid, Taurus, 1992, p. 15). La cita final, en Manuel Pérez Ledesma: “La formación de la clase obrera: una creación cultural”; en Rafael Cruz y Manuel Pérez Ledesma (eds.): *Cultura y movilización en la España contemporánea*. Madrid, Alianza, 1997, p. 233. La valoración de este texto como una adecuada “muestra de historia cultural del movimiento obrero”, en Cabrera: “La historia postsocial...”, p. 71, nota 15.

Marx: en la Inglaterra industrializada, escribió en *Miseria de la filosofía*, las condiciones económicas habían transformado a la mayoría del país en trabajadores; pero ese proceso de proletarización no era por sí sólo suficiente para la creación de una clase. Para ser más precisos, la masa “resulta[ba] ya una clase frente al capital, pero no todavía para sí misma”; de modo que sólo tras la toma de conciencia de la oposición con los patronos y a partir del desarrollo de las asociaciones o coaliciones, pudo acabar “constituyéndose en clase para sí misma”, y descubriendo sus auténticos “intereses de clase”. En cambio, los grupos sociales incapaces de adquirir esa conciencia, aunque vivieran en condiciones de pobreza, no podían considerarse como una clase, al menos en el sentido marxista del término. Baste recordar, en este punto, a los campesinos y a la cruel definición de los mismos, mil veces citada, que Marx recogió en *El Dieciocho Brumario de Luís Bonaparte*³².

Al hilo de esta relación, quizá no resulte desatinado pensar en la similitud de las formulaciones de la historia post-social del movimiento obrero con otro de los relatos, o metarrelatos, que han tenido una cierta vigencia en la historia de la cultura occidental. No se trata ya del progreso lineal y la evolución en tres estadios, que hubieran hecho feliz a Auguste Comte, ni de la trilogía paraíso-caída-salvación de la tradición cristiana; lo que ahora encontramos es aquella otra visión que se suele identificar con Giambattista Vico: la de un proceso en espiral, en el que cada nuevo ciclo recoge y, en cierto modo, asume al anterior.

En todo caso, no estamos ante el eterno retorno de lo idéntico por el que suspiran otros practicantes de la historia social. Sean cuales sean las críticas a sus planteamientos, al menos hay que dar las gracias por ello a quienes han formulado el nuevo paradigma.

Las citas, en Kart Marx: *Miseria de la filosofía*. Madrid, Aguilar, 1969, pp. 237-238. El párrafo sobre los campesinos, puede encontrarse en *Obras escogidas de Marx y Engels*. Madrid, Fundamentos, 1975, tomo I, p. 341.